

Marcela Crespo  
Buiturón

*La relación  
literatura/violencia  
desde el enfoque  
ontológico de  
Ernesto Sábato*

*«No es el hambre, el amor, la ira ni el miedo, la fuente de  
nuestros males, sino nuestra propia naturaleza. Ella es  
la que engendra el hambre, el amor, la ira y el miedo.»*

*El origen del mal*  
LEÓN TOLSTOI

**La humanidad camina hacia la autodestrucción**

**D**iscutida, tematizada, practicada y combatida, la violencia se ha convertido progresivamente en un fenómeno omnipresente en la literatura latinoamericana de las últimas décadas, sin dejar de tener, sin embargo, claros antecedentes no sólo en épocas precedentes, sino en literaturas de otros ámbitos geográficos.

Desde interminables discusiones acerca de su origen, que van desde su vinculación —en el planteo marxista— con la posesión/alienación de la propiedad privada, pasando por su consideración desde la filosofía sartreana como producto de la carencia de medios de subsistencia, y desembocando en su interdependencia con la noción de cultura y civilización por parte de pensadores tales como Solfsky, entre otros muchos enfoques posibles sobre el tema, la problemática de la violencia ha disparado numerosos cuestionamientos y un laberinto de reflexiones en torno a sus múltiples formas de elaboración estética.

Concretamente, en América Latina en general y en la Argentina en particular, la tematización de la violencia ha dejado

huellas ostensibles en su literatura. De ahí aseveraciones como las de Ariel Dorfman en su obra *Imaginación y violencia en América*: «Decir que [...] la novela hispanoamericana refleja esa preocupación se advierte en cada página escrita en nuestro continente» (9).

Desde autores ya largamente canonizados como Echeverría o Sarmiento, los escritores argentinos han transitado por los derroteros de la violencia y, en algunos casos, hasta la han convertido en eje temático de su producción tanto ficcional como metaficcional. Por citar algunos ejemplos, baste nombrar a Julio Cortázar, Ernesto Sábato, Marcos Aguinis, Eduardo Belgrano Rawson, Laura del Castillo, Libertad Demitrópulos, María Rosa Lojo, Liliana Heker, Rodolfo Fogwill, Mempo Giardinelli, Daniel Moyano, Luisa Valenzuela, Ricardo Piglia, Andrés Rivera, David Viñas, entre muchos otros.

En lo que respecta a la producción crítica y filosófica contemporánea, se deduce de los escritos de autores tales como Karl Kohut, Peter Waldmann, Patrick Baudry, Jorge Corsi y Graciela Peyrú, Eduardo Subirats, Raquel Sosa Elizaga, entre otros, que la estrecha relación existente entre la realidad socio-política y la literatura resulta ser un factor decisivo para precisar el origen de la marcada tendencia a ficcionalizar la violencia en América Latina.

En este punto, entonces, habría que considerar en primer lugar la afirmación de Dorfman acerca del presunto ser violento latinoamericano en la obra citada anteriormente, un hecho siempre cuestionable, aunque haya sido una convicción para muchos durante largo tiempo. El mismo Ernesto Sábato, quien descrea de esta teoría y en cuyo planteo pretende centrarse este pequeño ensayo, cuenta la anécdota de que en la época en que se dedicaba a Física, pretendió reelaborar cierta teoría termodinámica y en el Laboratorio Curie lo rechazaron «porque un salvaje sudamericano no podía cuestionar el fundamento mismo de la termodinámica» (Sábato, 1999: 88). Desde luego, al abordar esta problemática desde un análisis netamente literario, pareciera desacertado sostener aquella afirmación, ya que se volvería dificultoso, entonces, explicar los numerosos antecedentes literarios que ficcionalizan la violencia en otras zonas geográficas y en diversas épocas. Baste sólo con considerar los escritos de Dante, Shakespeare, Balzac, Dostoievski, Wilde, Aub,

por nombrar sólo algunos. Ni siquiera convence demasiado esta hipótesis desde el punto de vista antropológico, si se recuerdan, por ejemplo, los casos de genocidios a manos de galos, anglosajones y germanos en general, notoriamente conocidos y de los que aún se siguen produciendo obras de ficción, que no solo rememoran dichos genocidios, sino que previenen su reaparición.

Tal vez habría que ampliar el enfoque y apelar a una relación más constatable que la anteriormente mencionada, es decir, aquella que nos conducía desde el ser violento latinoamericano a la evidente vinculación entre realidad socio-política y literatura, para desembocar en la legitimación de una teoría que propone estos engranajes como puntos de anclaje de la tendencia a ficcionalizar situaciones de violencia individual o colectiva. En esa ampliación, valdría considerar la relación entre violencia y cultura.

En este sentido es ejemplar el trabajo del crítico literario y filósofo francés René Girard (1984), quien sostiene que en toda cultura se opera una *crisis de violencia mimética*. El concepto mismo de mimesis, heredado de Platón y Aristóteles y que ha sufrido algunas considerables reformulaciones, debe entenderse en la teoría de Girard relacionado al deseo humano, que para él consiste en una imitación, o dicho de otro modo, el deseo en el hombre se configura a partir de los deseos de los otros. Si se da el caso de que un individuo imita a otro en el momento en que este último se apropia de un objeto, puede presentarse una *mimesis de apropiación* que conduciría a una situación de rivalidad en la medida en que el objeto entra en disputa. La comunidad se divide simétrica pero antagónicamente en pos de ese objeto. Girard plantea entonces que este tipo de mimesis —que se puede remontar hasta las civilizaciones más arcaicas— puede generar una crisis que derivaría en violencia. En ella, se volvería necesaria la eliminación del factor que ha causado el desorden en la comunidad, razón por la cual surge la figura del *chivo expiatorio* (Girard, 1986). La memoria de esa violencia, así como su finalidad, no se perderían del todo en lo sucesivo, sino que quedarían camufladas en forma de ritos, mitos y tabúes que, con el tiempo, desplazarían sus núcleos de significación a construcciones culturales que intentarían ocultar ese origen violento. Este proceso continuaría desarrollándose en la actualidad, sólo que con matices decididamente diferentes.

En la novelística de Sábato la tematización de la violencia es evidente, desde el individuo que vislumbra a una sociedad agresiva en *El túnel* hasta la ficcionalización de las guerras civiles, la guerrilla, el terrorismo de Estado y la violencia mundial en *Sobre héroes y tumbas* y *Abaddón, el exterminador*. En ellas, la teoría girardiana es solidaria con la configuración de algunos de sus personajes más emblemáticos, como lo sostiene María Rosa Lojo en su trabajo de tesis doctoral (1997): «La puesta en escena del sacrificio en la novelística sabatiana, con matices diversos a través de ciertas figuras masculinas ambivalentes (Castel, Fernando, Sábato),<sup>1</sup> corresponde en parte a esta escena original de la ejecución de la víctima, y en parte también, alude a la develación posible del misterio de la violencia» (: 270).

Estos personajes, que «están al mismo tiempo “dentro” y “fuera” de la comunidad que los acoge y los expulsa, los venera y los teme» (Lojo, 271), por su misma ambivalencia son considerados por esta crítica literaria como claros ejemplos de las víctimas propiciatorias de Girard.

En este sentido, resultaría complementario el análisis de Wolfgang Iffelsky (2006) sobre la relación entre cultura y violencia, para quien esta última no sería una forma antagónica de aquella, sino precisamente un producto de la misma, ya que según este filósofo, «desde siempre los hombres destruyen y asesinan con gusto y, por así decirlo, como naturalmente» (: 226).

Coincidentemente, Fernando Vidal Olmos asevera, en el marco de una peculiar e inolvidable conversación con la señorita Inés González Iturrat, del capítulo XI del «Informe sobre ciegos», tercera parte de la novela *Sobre héroes y tumbas*: «... es la tranquila comprobación de la historia. Abra usted la historia de Oncken por cualquier página y no encontrará más que guerras, degüellos, conspiraciones, torturas, golpes de estado e inquisiciones. Además, si prevalece siempre el bien ¿por qué hay que predicarlo? Si por su naturaleza el hombre no estuviera inclinado a hacer el mal ¿por qué se lo proscribiera, se lo estigmatiza, etc. Fíjese: las religiones más altas predicán el bien. Más todavía: dictan mandamientos, que exigen no fornicar, no matar, no robar. Hay que mandarlo. Y el poder del mal es tan grande y re-

<sup>1</sup> Protagonistas de las tres novelas sabatianas, siguiendo el mismo orden en que fueron nombradas.

torcido que se utiliza hasta para recomendar el bien: si no hacemos tal y tal cosa nos amenazan con el infierno» (: 333).

La reflexión histórico-filosófica de Fernando va siendo acompañada por un creciente clímax violento generado a través de las descripciones del personaje narrador y de los diálogos que por momentos rayan en el absurdo y que parecen reafirmar las anteriormente citadas palabras. Al comenzar el capítulo, Norma se presenta en el bar donde se encuentra Fernando, acompañada de su profesora de Historia. La razón y el academicismo deberían probarle al oscurantista Vidal Olmos que el mundo camina hacia el progreso, así como la Ciencia intentaba razonar con el también oscurantista Sabato acerca de los prodigios que podían esperarse de ella. Norma, de alguna manera, representa la ingenuidad de quienes habrían confiado en ello. Sensual e impulsiva, abre paso a una violencia instintiva, casi salvaje y primigenia. El narrador comenta: «Me miró con ojos que echaban fuego...» (: 328). Intentando posicionarse en la actitud opuesta, es decir, en la encarnación del equilibrio y el raciocinio, la profesora González Iturrat comienza sus intervenciones con la mayor calma, pero progresivamente ésta la va abandonando. Nuevamente las descripciones del narrador apelan a figuras de violencia reprimida a punto de estallar: «Parecía un cuchillo filosisimo y desinfectado» (: 329), «La señorita González Iturrat gritó... estalló...» (: 331). Una a una, Fernando va refutando irónicamente todas sus propuestas de ejemplos de progreso: a la inserción femenina en el mundo entendido como exclusivo del hombre a través de las nuevas directoras de la industria pesada la compara con la existencia de mujeres que boxean: «... si a ustedes esa monstruosidad las anima...» (: 330); a la modernidad que representa la sociedad industrial opone la existencia de «esclavos con sueldo» (: 331), es decir, el hombre explotado por el hombre, eso sí, con todos los avances de la técnica: «— Un jefe de Buchenwald es superior a un jefe de galeas. Es mejor matar a los bichos humanos con bombas Napalm que con arcos y flechas. La bomba de Hiroshima es más benéfica que la batalla de Poitiers. Es más progresista torturar con picanas que con ratas, a la China» (: 332).

Años antes, en *Hombres y engranajes*, ya desarrolla esta idea del hombre predispuesto al mal, abandonado a él sin poder progresar realmente, ni siquiera y mucho menos a través de la cien-

cia: «Así es nuestro tiempo. El mundo cruje y amenaza derrumbarse, ese mundo que, para mayor ironía, es el producto de nuestra propia voluntad, de nuestro prometeico intento de dominación. Es una quiebra total. Dos guerras mundiales, las dictaduras totalitarias y los campos de concentración nos han abierto por fin los ojos, para revelarnos con crudeza la clase de monstruos que habíamos engendrado y criado orgullosamente» (: 15).

Íntimamente relacionada con la noción de cultura, aparece la de educación, donde la teoría sabatiana puede sintetizarse en la articulación de este mismo texto con el de sus memorias, aparecidas en 1999 bajo el título de *Antes del fin*. En la anterior conversación con la educadora González Iturrat, Fernando, al ser acusado de partidario del analfabetismo, sostenía: «Alemania en 1933 era uno de los pueblos más alfabetizados del mundo. Si la gente no supiera leer, al menos no podría ser idiotizada día a día por los diarios y revistas. Desgraciadamente, aunque fueran analfabetos, todavía quedarían otras maravillas del progreso: la radio, la televisión...» (: 333).

Consecuentemente, en el segundo texto de dicha articulación, Sábato reflexiona permanentemente sobre el estado actual del mundo, en especial de países como la Argentina, y concluye en que: «Toda educación depende de la filosofía de la cultura que la presida [...] Debemos oponernos al vaciamiento de nuestra cultura, devastada por los economistas que sólo entienden del Producto Bruto Interno —jamás una expresión tan bien lograda—, que están reduciendo la educación al conocimiento de la técnica y de la informática, útiles para los negocios, pero carente de los saberes fundamentales que revela el arte» (: 127).

Esta nueva perspectiva, donde se opera una revalorización de la educación con el rectorado del arte, lleva a comprender que el camino que ha tomado la humanidad en aras de un supuesto progreso, donde los ritos y las tradiciones ancestrales que denunciaban el vínculo del hombre con la naturaleza se han convertido en meros simulacros, ha conducido a la humanidad a la pérdida de esa unidad primigenia que «quebró para siempre la armonía entre el hombre consigo mismo y con el cosmos» (: 136), situación que se propone como consecuencia del barbarismo tecnológico: ...«expuse mi desconfianza y mi preocupación por el mundo tecnólatra y cientificista, por esa concepción del ser humano y de la existencia que empezó a sobrevalorarse

cuando el semidiós renacentista se lanzó con euforia hacia la conquista del universo, cuando la angustia metafísica y religiosa fue reemplazada por la eficacia, la precisión y el saber técnico. Aquel irrefrenable proceso acabó en una terrible paradoja: la deshumanización de la humanidad» (: 93).

La tesis sabatiana asignaría un rol fundamental al artista: la de no sólo concientizar al hombre de los efectos devastadores del progreso tecnológico, sino también de reencontrarlo con esa unidad perdida. Como en una suerte de gradación infernal, Sábato anuncia la degeneración de esa violencia primitiva en otro tipo de violencia que ya no asegura el equilibrio de la comunidad, sino que atenta contra ella y cuyo rostro es el de un monstruo de tres cabezas: el racionalismo, el materialismo y el individualismo y está arrojando al hombre a un mundo sin futuro posible: «Un chiquito muere de hambre cada dos segundos. Lo criminal es que con el medio por ciento del gasto de armamentos se podría resolver el problema alimentario de todo el mundo. Nada hace pensar que estas cifras estén variando para mejor. Son tiempos en que el hombre y su poder sólo parecen capaces de reincidir en el mal. Hemos puesto en funcionamiento potencias destructoras de tal magnitud que su paso, como señaló Burckhardt, puede llegar a impedir el crecimiento de la hierba para siempre» (: 119).

Con un discurso en el que se pueden identificar huellas de la postura de Nietzsche sobre la crisis de la subjetividad, va hilvanando una serie de ideas orientadas a la demostración de su teoría. Desde el desenmascaramiento de la superficialidad del sujeto autoconsciente anunciado por Nietzsche en *Humano, demasiado humano* y en *La Gaya ciencia*, Sábato concluye en *Hombres y engranajes*: «Éste es el destino contradictorio de aquel semidiós renacentista que reivindicaba su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también él llegaría a transformarse en cosa» (: 34).

Y esto derivaría en las reflexiones de sus personajes ficticiales, como la de Fernando hacia el final de aquella entrevista: ...«No creo, por ejemplo, que un pobre diablo que trabaja ocho horas diarias en una fundición, bajo control electrónico, sea más feliz que un pastor griego. En Estados Unidos, paraíso de la mecanización, los dos tercios de la población son neuróticos» (: 334).

Para concluir, finalmente, en sus memorias, en una condensación de todo lo expuesto, claramente visible en la anécdota que habla sobre un chico que conoció en un café de Retiro y a quien jamás volvió a ver: «... te descubro en otros chicos, cuando al regresar de noche a casa, los veo hurgar entre las bolsas de basura, hundiendo en la inmundicia sus pequeñas manos, destinadas a los columpios y las calesitas. Y no sé por qué, entonces, pienso en Rimbaud. Quizá, porque también él pertenecía a la raza de los que cantan en el suplicio. Rimbaud, que en las calles de París se alimentaba de los mendrugos que sacaba de la basura...» (: 151-152).

En el fondo, lo que se entabla es una estrecha relación entre la violencia y el arte, donde el artista desempeña una función no sólo fundamental, sino fundamentadora: la de luchar para revertir la marcha acelerada del hombre contra sí mismo: «Algo turbio, relacionado con la realidad que estamos viviendo [...] me recordaba lo que estoy pintando en estos últimos años: esos seres terribles que salen del fondo de mi alma [...] No sé lo que significan, quizás advertencias, acaso secuelas de lo que sufrí escribiendo ciertos pasajes de mis ficciones, como el *Informe sobre ciegos*» (: 141-142).

Dicho esto y para no atentar contra la brevedad de este ensayo, tal vez se podría sumar una cuarta instancia para la propuesta del crítico alemán Karl Kohut en su ensayo «Política, violencia y literatura» (2002) sobre la periodización de la ficcionalización de la violencia en la literatura latinoamericana. Kohut planeaba la existencia de tres ciclos diferenciados por su forma de representación de esta temática. Así, hasta mediados del siglo xx imperó la ficcionalización de la violencia que se proponía como denuncia explícita, siguiendo los cánones del realismo, del naturalismo y de lo que se dio en llamar literatura comprometida. A partir de la irrupción del fenómeno literario que se conoció como el *boom*, se impuso, aunque con igual afán de denuncia, una modalidad más sofisticada de la representación de la violencia. Y finalmente, la literatura que surge contemporáneamente a las dictaduras militares se decantan por formas alegóricas que se esconden detrás de un aparente realismo.

Podría completarse el esquema de Kohut, entonces, con un cuarto ciclo —cuya ubicación temporal habría que analizar más exhaustivamente, pero que podría ser simultánea a las anterio-



res — que instauraría una dimensión ontológica de la problemática de la violencia y en la que se incluirían las ficciones cuyos protagonistas no son las víctimas del poder político-militar. Tampoco son pueblos diezmados por los procesos de colonización ni por las dictaduras militares o los gobiernos que de alguna manera responden a regímenes totalitarios ejerciendo un poder coercitivo. Son los ciudadanos de las grandes urbes, víctimas del poder económico, la injusticia social y el avance indiscriminado y avasallante de la tecnología, que cuestionan radicalmente la noción de progreso, plasmada en la categórica pregunta retórica de Fernando Vidal Olmos que cito a continuación:

La señorita González Iturrat estalló:

-¡Con gente como usted el mundo nunca habría ido adelante!

-¿Y de dónde deduce usted que ha ido adelante? (: 331)

### **De la desesperanza a la búsqueda del original perdido**

Ante ese mundo desesperanzado, condenado a una incesante agonía que parece tener como único fin posible la autodestrucción del hombre, Sábato apela a la restitución de una unidad que entiende como lugar de encuentro de sentidos y valores, que no son más que la herencia ancestral que ha sido borrada de la memoria por el supuesto progreso de la Humanidad, que ha arrastrado a la misma tras «los profetas de la televisión», impulsado por aquellos que «buscan la salvación en la panacea del hiperdesarrollo» (: 164).

El hombre ha confundido el consumo con un sustituto del paraíso. Y es en este concepto donde la tesis sabatiana ancla su propuesta: La humanidad ha dejado de buscar lo sagrado. Al final de su autobiografía, Sábato comenta: «Una vez le preguntaron a Pasolini por qué se interesaba en la vida de los marginados, como el protagonista de *Mama Roma*, y él respondió que lo hacía porque en ellos la vida se conserva sagrada en su miseria» (: 165).

Y es en ellos mismos en los que él también cifra su esperanza: en los marginales. El artista, el pobre y la mujer.

En ese mundo donde prima la desesperanza y el escepticismo, la única esperanza resulta ser paradójicamente la misma que ha condenado a aquél al fracaso y la autodestrucción: la voluntad del hombre. Pero no es la voluntad de dominio, sino de regreso a su comunión con la tierra, con las fuerzas sagradas

del universo: «Cuando el mundo hiperdesarrollado se venga abajo, con todos sus siderántropos y su tecnología, en las tierras del exilio se rescatará al hombre de su unidad perdida» (: 170).

Esta unidad que intuyen y buscan los artistas, sobre todo aquellos cuya vida desgarrada ha arrojado a la miseria, la locura o el suicidio. En su trágico fracaso Sábato descubre la luz del arte, que redime o, al menos, preserva el alma errante del hombre: «... la raza de artistas a la que siempre he admirado es aquella a la que pertenecen estos hombres.

»Quienes han unido a su actitud combatiente una grave preocupación espiritual; y en la búsqueda desesperada del sentido, han creado obras cuya desnudez y desgarramiento es lo que siempre imaginé como única expresión para la verdad» (: 83).

Por su cercanía y fe en la misma unidad es por la que los pobres resisten a la miseria y la injusticia: «La situación es muy grave y nos afecta a todos. Pero, aun así, hay quienes se esfuerzan por no traicionar los nobles valores. Millones de seres en el mundo sobreviven heroicamente en la miseria. Ellos son los mártires.

»Cada vez que hemos estado a punto de sucumbir en la historia nos hemos salvado por la parte más desvalida de la humanidad. [...] Muchas utopías han sido futuras realidades». (: 164-165)

Finalmente, las mujeres: fuentes de vida y garantes de la preservación de la humanidad, son tal vez para Sábato la cara visible de Dios: «Hace poco he visto por televisión a una mujer que sonreía con inmenso y modesto amor. Me conmovió la ternura de esa madre de Corrientes o del Paraguay, que lagrimeaba de felicidad junto a sus trillizos que acababan de nacer en un mísero hospital [...] ¿No será Dios que se manifiesta en esas madres?»

Violento y tierno, agente de la devastación más angustiante y esperanza de resurrección, el hombre oscila permanentemente entre el bien y el mal, ya se acerque o se aleje de su comunión con lo sagrado, de esa unidad perdida, de ese Uno con el Universo.

## Bibliografía

- BAUDRY, PATRICK: «Approche sociologique de la violence», en *Cahiers internationaux de sociologie*. Paris, 9ª serie V. 84 (Jan-Jui 1988), pp. 5-17.
- BERBEGLIA, CARLOS ENRIQUE [coord.]: *Violencia y cultura*, Biblos, Buenos Aires, 2003.
- CORSI, JORGE Y GRACIELA PEYRÚ [coord.]: *Violencias sociales*, Ariel, Buenos Aires, 2003.
- DORFMAN, ARIEL: *Imaginación y violencia en América*, Anagrama, Barcelona, 1972.
- GIRARD, RENÉ: *El chivo expiatorio*, Anagrama, Barcelona, 1986.  
\_\_\_\_\_: *Literatura, mimesis y antropología*, Gedisa, Barcelona, 1984.
- GUTIÉRREZ, CARLOS; DANIEL LEIRO Y VÍCTOR RIVERA [coord.]: *Ontología del declinar, diálogos de con la hermenéutica nihilista de Gianni Vattimo*, Biblos, Buenos Aires, 2009.
- KOHUT, KARL: «Política, violencia y literatura», en *Anuario de Estudios Americanos*. Madrid, CSIC, 59 (1): 193-222, 2002.
- LOJO, MARÍA ROSA: *Sábado: En busca del original perdido*, Corregidor, Buenos Aires, 1997.
- OLMO, ROSA DEL: «Ciudades duras y violencia urbana», en *Nueva sociedad*. Caracas, N° (167): 74-86, may.-jun., 2000.
- SÁBATO, ERNESTO: «Informe sobre ciegos», en *Sobre héroes y tumbas*, RBA, Barcelona, 1993.  
\_\_\_\_\_: *Antes del fin*, Seix Barral, Buenos Aires, 1999.  
\_\_\_\_\_: *Itinerarios*, Sur, Buenos Aires, 1969.  
\_\_\_\_\_: *Hombres y engranajes*, La Nación, Buenos Aires, 2006.  
\_\_\_\_\_: *Uno y el Universo*, La Nación, Buenos Aires, 2006.
- SOLFSKY, WOLFANG: *Tratado sobre la violencia*, Abada, Madrid, 2006.
- SOSA ELIZAGA, RAQUEL: *Sujetos, víctimas y territorios de la violencia en América Latina*, Ideas mexicanas, México, 2007.
- Subirats, Eduardo: *Violencia y civilización*, Losada, Buenos Aires, 2006.
- VATTIMO, GIANNI: «La crisis de la subjetividad de Nietzsche a Heidegger», en *Ética de la Interpretación*, Paidós, Barcelona, 1991.  
\_\_\_\_\_: *Más allá del sujeto. Nietzsche, Heidegger y la hermenéutica*, Paidós, Barcelona, 1992.
- WALDMAN, PETER: *Sociedades en guerra civil: conflictos violentos de Europa y América Latina*, Paidós, Barcelona, 1999.